



LOS
DOLORES
DE UNA
CASA

Por el autor de Cartas por el cielo

FABIÁN TAPIA

Los dolores de una casa

FABIÁN TAPIA

DEDICATORIA.

*A Sinaloa por la memoria
y a Chihuahua por el refugio.*

¿De quién son estas patas huesudas? De la Muerte. ¿De quién este rostro quemado e hirsuto? De la Muerte. ¿De quién estos pulmones que aún funcionan? De la Muerte. ¿De quién esta capa de músculos utilitarios? De la Muerte. ¿De quién estas entrañas increíbles? De la Muerte. ¿Y toda esta sucia sangre? De la Muerte. ¿Estos ojos que apenas ven? De la Muerte. ¿Esta lengüecilla aviesa? De la Muerte. ¿Esta atención arbitraria? De la Muerte. ¿Dado, robado o en espera de juicio? Asido. ¿De quién es esta tierra pétrea y lluviosa? De la Muerte. ¿De quién es todo el espacio? De la Muerte. ¿Quién es más fuerte que la esperanza? La Muerte. ¿Quién es más fuerte que la voluntad? La Muerte. ¿Más fuerte que el amor? La Muerte. ¿Más fuerte que la vida? La Muerte. ¿Pero quién es más fuerte que la muerte? Está visto que yo. Cuervo, pasa.

Examen a la puerta del útero, Ted Hughes.

CAPÍTULO UNO

Nos diría el cielo, nos dirían los nombres, nos lo diría el agua, la tierra y el infierno y las intrigas y las historias que nuestro pueblo era un confín de fantasmas, pero nunca lo habríamos intuido. Era Palo Blanco, un ejido enterrado en la selva seca bajo un cielo de cristal y nubes escarlatas de amanecer a atardecer el único testigo de las atrocidades que barrieron con su historia y con sus cimientos de cal.

Era yo.

Yo quien fui los muros naranjas de las casas, los troncos blancos de los árboles artríticos, las ollas de barro y las colinas apenas sujetas amenazando con desmoronarse en cualquier segundo. Pero después, como si los siglos fueran apenas un espejismo, la fatalidad humana me guardó en un pañuelo y me deshizo con su muerte.

Con su envidia.

Con sus deseos de eternidad.

Cada familia tenía el mismo techo, al final de cuentas. Cada una tenía su desdicha tatuada en sus designios casi inscritos en los muros que los contenían. Los muros latían bajo sus pasiones atormentadas. Latían con la fuerza de los corazones muertos que su sed mezquina había aniquilado.

Cada familia tenía el mismo destino, pero no la misma suerte con el tiempo.

Y cada familia tenía un don producto de la naturaleza que los rodeaba hasta convertirlas en fieras de esa selva olvidada.

Tan fieras que se olvidaron de su humanidad.

Tan fieras que con el paso de los años convirtieron a Palo Blanco en un cementerio con sus huesos bajo tierra, tan resplandecientes como si fueran nacidos de una luna llena. El viento solo soplaba en su ciclo. La noche caía. El sol se

levantaba. Y los dolores de una casa emergían en su tiempo para contarle al olvido lo que la llevó a no callar.

—¿Callar yo? Es cierto lo que les digo: habrá un diluvio pronto. Me lo dicen las cartas.

—Por Dios, Irina. Apenas puedes con los Grimm y ya quieres andar con tus presagios. Anda, calla que me empezará la migraña otra vez —dice la matriarca de los Castellanos. Toda su vida ha llevado un paño en sus ojos bendecido con las aguas de un río de Jordania para quitarle los males.

—Hazle caso a mamá, Irina —espetea Yesenia—. No la querrás ver enojada.

A veinte metros Rosalba de los Delirios corre la cortina de su casa y los escruta con detenimiento. La resolana le da de lleno en la frente, ya perlada de sudor tras cargar los baldes de agua.

«No saben que se han metido a la boca del lobo».

Pero se equivocaba. Las pasiones escondidas son las que más asesinan, no los planes humanos tan frágiles y poco poderosos.

—Papá, mira —dice Yesenia espantada. Su pálida piel parece una hoja de cebolla. Sus ojos violetas apenas resaltan porque sus pupilas están expandidas por el asombro—. No sirve el baño.

—Me habían dicho que ya lo habían limpiado, hija. Tráeme la pala y la escoba.

La hija gris no puede moverse.

—Está bien. Iré yo. Quédate aquí.

Sus ojos viajan de un resquicio a otro. La luz del crepúsculo es tan fuerte que se filtra por las grietas del adobe. Pero no es eso lo que la inquieta.

Sino los cuervos muertos.

Sus ojos vacíos le devuelven la mirada.

Descansan inertes y secos, sin un ápice de vida. Parecen las hojas arrancadas de un árbol negro.

«Tú los mataste cuando los viste en el cielo», le dice una voz.

Y entonces vomita. El ácido le devora las entrañas y la dobla. El vómito cae en el retrete. Termina cuando siente los pasos de su padre.

—Los cuervos —logra articular su voz herida.

—Es solo hojarasca —responde—. Ya lo limpiaré. ¿Te encuentras bien?

—Fue por el viaje.

—Dile a mamá que les haga una limonada.

«Fueron cuervos. Yo vi su mirada muerta. Se dirigían a mí y luego se fueron», quiere decir, pero se marcha.

—No puedo dormir —dice Irina—. No puedo dejar de escuchar los ruidos.

—Son los ruidos de las tuberías. Los escuché cuando vomité. *Puaj*, fue horrible.

—¿Tu vómito o los ruidos?

—Las dos cosas. ¿Te digo qué vi?

—Cuéntame —responde con entusiasmo debajo de las sábanas. Sus ojos color ámbar brillan sobrenaturales.

—Cuervos muertos. En un segundo estaban, en otro no.

—¿Es uno de tus muchos cuentos para que me duerma?

—No, no lo es. ¿Ya vas a empezar? Te juro que los vi.

—Júramelo por la cruz o no te creo.

La niña hace el signo de la cruz y dice con tono solemne:

—Te lo juro por la cruz.

—Júralo por Malverde.

—Lo juro por Malverde.

Trinidad ve desde la penumbra la casa de los Castellanos recién llegados rodeada por la oscuridad plúmbea de la noche. Siente un presagio dañino en sus entrañas, tan

acuciante que no la deja dormir. «De todas las fatalidades que nos pudieron haber tocado nos tocó la peor». Sabía que el dinero no los podía salvar. Nada en Palo Blanco podía ser controlado por el dinero, la belleza ni la fe.

«Tendrán que irse antes de que sea imposible».

Trinidad planea darles el aviso, pero dentro de sí sabe que no creerán en su palabra, mucho menos cuando les diga que están en una tierra de ánimas. ¿Cómo podría decirles, entonces, que donde ahora duermen es su tumba futura?

Resignada se cubre con su rebozo de la brisa nocturna y vuelve a su cama, en una cama donde ha matado a todos sus amantes al besarlos porque es la mujer que no puede amar.

Con el simple roce de sus labios los ha mandado a la tumba. Ha querido y odiado y deseado en su condena de amores inconclusos. La soledad se ha vengado muy bien, piensa ella, pero ya es suficiente castigo.

«Le voy a contar su fortuna en este pueblo. Y si no me cree lo conquisto, lo beso y lo asesino porque su destino sería peor si no me obedece».

—No la lances lejos, Irina. Ahorita tuve que bajar toda la colina por tu culpa. ¡No la tires lejos o ya no juego!

Irina lanza un bufido que se pierde en el polvo rojo de Palo Blanco. Lanza la pelota con ira y Yesenia casi la pierde de vista.

—¡Mira nada más a donde fue a parar! —grita con hastío—. Ahora te toca ir por ella.

—No, ya no juego.

Se cruza de brazos y se va directo a la casa.

A Yesenia no le queda más escapatoria que ir a tocar esa puerta y preguntar por su pelota. Interrumpe la música de los grillos con sus toquidos hasta que aparece una mujer entrada en años.

—¿En qué te puedo ayudar, niña de los Castellanos?
—dice Rosalba de los Delirios.

—Mi pelota... —exclama dubitativa.

—¿Tu pelota entró a mi patio?

—Así es.

—Lamento no poder devolvértela —sentencia con severidad—. Cada objeto que entra a mi patio es de mi propiedad. ¿No te han enseñado tus padres a respetar el espacio ajeno, eh?

—¿Me daría permiso de pasar por ella?

—No me has entendido. Lo que entra, se queda. Debería acusarte con tus padres por ser tan descuidada. Y no lo dudes; lo haré si no te vas ahora mismo —grita, sujetándola de ambos brazos.

Yesenia le devuelve la misma mirada inyectada de furia. Un estruendo le recorre los huesos porque el fantasma que le ha nacido quiere escapar.

Entonces sus ojos se vuelven blancos.

Y los cuervos caen del cielo.

Vuelan en círculos oscuros y escarlatas, intermitentes por la salida del crepúsculo. Hay una energía que los sujeta porque no son sus alas las que los sostienen; es una magia. Una magia ancestral y oscura y arrebatadora. Giran en un halo geoméricamente imposible a escasos metros del techo, levitando.

Hasta caer de lleno.

El estruendo de su caída enloquece a Rosalba de los Delirios. El ruido de los cuerpos muertos al caer la desquicia y la obliga a refugiarse en su casa con el espanto martillándole los oídos. Se acurruca en el suelo contra una silla de mimbre y solloza. No puede ver a los ojos a la niña que está parada en su puerta, con los ojos violetas resplandeciendo poco a poco.

—Me dijo mi papá que es solo hojarasca.

Y se va.

—Le estoy diciendo que su hija hizo llover cuervos sobre mi casa —confiesa agitada Rosalba de los Delirios—. Nunca había visto algo así. Sus ojos se le pusieron blancos, como si estuviera ida.

—Señora, nosotros acabamos de mudarnos y no quisiéramos tener un problema ahora mismo.

—Claro que no los tendrá si me paga las averías de su cría. Mire nada más.

La guía por el patio, donde los cuervos lucen como un tapiz desproporcionado.

—Debieron ser los muchachos con sus resortereras. Mi hija jamás podría.

—Pues no le vi que tuviera cien brazos y cien tiralilas, señora. Si no quiere problemas le pido...

—¿Cuánto dinero quiere? Puede contratar a cualquiera de aquí y nos ahorramos la discusión.

—Tenga —dice tendiéndole la pelota—. Lo que usted crea conveniente.

Es mediodía y antes de irse a su hamaca a hacer la siesta quiere adivinar el destino de la familia Castellanos. Con uno de esos billetes es más que suficiente.

En cuanto lo toca siente la electricidad revelándole los secretos con finos susurros. Su columna y sus fémures se sienten paralizados por las revelaciones que se sacuden como ecos en su cabeza.

No puede creer su fatalidad.

«No se parece en nada a lo que otras familias han vivido».

«*Es el terror mismo*».

Las náuseas la obligan a despertar de su trance. Parpadea.

Una.

Dos.

Un millón de veces.

Para creer la fatalidad se necesita de fuerza —y la fuerza ya la ha abandonado desde hace mucho tiempo.

Se recuesta en su hamaca, el último recuerdo de sus sobrinos muertos. Aún descansan sus iniciales grabadas en los árboles que la sostienen. Cierra los ojos para dejarse llevar por los sentidos que yo evoco. Los cantares de mis pericos y guacamayas. El ruido de mis ríos chocando con las rocas. El de las hojas desperdigándose con el otoño.

Cuando está en el umbral del sueño, inicia una pesadilla.

No; una voz.

Una voz siniestra.

Una voz que conoce.

«Qué bueno que viste nuestro futuro, pero qué fatal que no viste el tuyo».

La voz cobra intensidad. Surge como los truenos de una tormenta. Por un motivo extraño, Rosalba de los Delirios no puede abrir los ojos.

«Mis cuervos te sacarán los ojos».

Y otra vez: «Mis cuervos te sacarán los ojos».

El eco estalla en un millón de astillas de oscuridad en su cabeza. Está dormida y despierta y no puede dilucidar qué es real y qué no lo es.

Hay *certeza* en esa voz y *amenaza* y *realidad*.

Es presa de su sueño.

No; es presa de su pesadilla.

Y no está muy segura de poder escapar.

CAPÍTULO DOS

Las migrañas para Eloísa Castellanos fueron en aumento. Lo peor de todo no era el dolor, sino las constantes pesadillas y visiones que despertaban esas intermitencias cuando iba a dormir. Una vez, cuando Yesenia se acurrucó en su regazo, Eloísa dijo sin querer «Soñé que tu padre nos dejaba. Me da terror lo que pueda pasarle a una mujer en medio de esta región de nada. ¿O será que siempre hemos estado solas? Un hombre es un adorno.» Nunca se dio cuenta de la presencia de su hija, quien escuchaba con atención. «Si se va, yo te daré otros ojos para que puedas ver el mundo sin él», le contestó, aunque su madre no pudo oírla.

Al día siguiente amanece con un cielo borrascoso. El cielo es un manto de nubes grises que amenazan con reventar en cualquier momento. Después del desayuno Eloísa atiende a la mujer que llama a la puerta. Es Trinidad.

Eloísa se sorprende por su belleza. Es una belleza madura. Imponente. Incluso el perfume desprendido de su cuerpo hipnotiza.

—Quise darles la bienvenida con este postre que acabo de hacer.

—No se hubiera molestado —responde con modestia—. Muchas gracias por su gesto. ¿Gusta tomar algo...?

—Un café estaría perfecto para esta mañana tan gris.

—Claro, adelante.

—Sirve que la pongo en contexto, Eloísa.

La mujer se sacude al escuchar su nombre en los labios de ella.

—¿Cómo conoce mi nombre?

—Oh, su nombre ha estado en los labios de todo el pueblo en los últimos días. Ya sabe, esperábamos con mu-

chas ganas saber quiénes ocuparían esta finca. Y Rosalba de los Delirios de algún modo supo decirnos.

—Vaya, Rosalba...

—¿Ya tuvo el gusto de conocerla? Es un poco huraña la mujer.

—Sí, nos dio una bienvenida muy peculiar. Pero pase, que ya le sirvo su café.

Trinidad se sienta y registra todo el lugar. Le resulta acogedor y salido de otra época.

—Como le decía, Eloísa. Quisiera ponerla en contexto —retoma—. Fíjese que en unos días vendrá el cacique con su familia a dar la raya. No sé si de donde vengán lo hayan escuchado, pero es un explotador de primera. Los jóvenes de las milpas a duras penas le hacen para vivir. Hace poco nos amenazaron con demoler unas casas junto al río para construir no sé qué.

—¿Y no hay nadie que lo pueda poner en su lugar?

—Ay, no. Si supiera. Tiene pistoleros, el muy condenado. Y estamos olvidados, no lo olvide nunca. Estamos olvidados. Dejados de la mano de Dios —dice persignándose.

—Algo se podrá hacer —dice Eloísa sintiendo las punzadas en sus sienes.

—Sí, algo se hará, pero para eso la necesitaremos a usted.

Era la oportunidad de Rosalba de los Delirios de redimirse. Hace años el pueblo repudiaba a su legión de hijos. Nadie sabía qué había pasado con ellos después de su exilio, pero su presencia siempre desataba caos. Robaban, alteraban el orden y sembraban terror entre las jóvenes de Palo Blanco. La catástrofe terminó cuando una resistencia formada por varios hombres de los alrededores los secuestraron amenazando con ejecutarlos en plena vía pública si no se iban para siempre.

Aquello fue un duro golpe para la dignidad de Rosalba de los Delirios, quien siempre presumía su buena reputa-

ción y su noble cuna a medio mundo. La presencia desterrada de aquellos seres, en cambio, le devolvió la pureza a mi viento y la prosperidad a todas las familias. La mujer no tuvo más resignación que enclaustrarse en su casa para planear algo que le devolviera el respeto de sus vecinos y no las caras de asco y repudio.

—Vayan con él. Este brujo les cambiará el rostro para que puedan volver. —Fueron sus últimas palabras.

Pero ella lo sabía muy en el fondo.

Que eso era lo que ellos deseaban con ansias: no volver jamás.

—¿Usted cree en las historias que se cuentan sobre las familias de aquí?

—No he tenido el tiempo de escucharlas —responde Eloísa—. No me diga que usted es supersticiosa, Trinidad.

—No como la mayoría, pero tengo por ahí mis sospechas de que todo es verdad. Lo que creo es que estamos tan olvidados que la única manifestación divina que nos tocó fue eso. A este lugar vino a parar la fantasía para hacernos olvidar nuestra desdicha. Al menos eso pienso. Aunque la fantasía sean nahuales y ánimas.

—Interesante... —Es todo lo que puede articular. La seguridad en las palabras de Trinidad la abruma.

—¿Puedo pasar a su baño?

—Sí, claro. Hay uno antes de las escaleras y otro más al fondo. ¿Quiere que la guíe?

—No, así está bien.

Trinidad siempre que se deja guiar por su instinto triunfa. Ahora, por ejemplo, escucha el sonido del agua resbalando por el cuerpo del señor Castellanos. Gira el pomo. Está de espaldas sumergido en el vapor de la regadera. Ella queda prendada de esa imagen, la imagen de sus hombros anchos y de su espalda tan pétrea que le roba el aliento. Es el único delirio que siempre la ha vuelto loca. Porque solo puede adorar la espalda de los hombres que ha amado; los labios contra labios siempre invocan a la

muerte. De modo que desde su sitio en el umbral de la puerta captura esos segundos por la eternidad, imaginando que las gotas corriendo por su cuerpo son sus dedos ansiosos de piel y lunares y temblores. Se imagina recorriendo su espina, luego a sus fémures fornidos y parece que el vapor también la circunda a ella. Cierra la puerta con lentitud. Se lleva la fragancia de rosas del jabón a su pecho, la imagen de su espalda a su corazón desbocado y aquel color de piel ajena a su piel de mártir.

Porque sabe que lo prohibido puede costarle la vida.

Porque sabe que su pasión es letal.

Y que es mejor ir muriendo de poco en poco antes que destruir una familia entera.

«Te guardaré en mis delirios; la cárcel más sana que tengo. Espero que en ellos tú también estés a salvo».

No puede ignorar aquella visión. La visión de su destino. Se pregunta qué será más sano, si destruirlos ella o que los destruya el curso de sus designios. No puede negar el terror impuesto por ese panorama. ¿Existiría alguna otra forma de escapar? Una cosa era muy cierta; en este pueblo nada está escrito. Nada jamás lo ha estado.

Cuando Rosalba de los Delirios descubrió su poder de vomitar alacranes casi moría al pensar que eso era ya la confirmación de su locura. El abandono de sus hijos no podría orillarla a nada más. Fue su secreto por muchas semanas —con lo que le costaba guardar secretos— porque tenía demasiado miedo de que también fuera exiliada o, peor aún, inmolada. Se lo contó primero a Norma de las Flores, la mujer más sensata de todo Palo Blanco. No pudo creer su respuesta.

—Nosotros desde que nacimos no hemos ingerido ni un ápice de comida y aquí estamos y tú te escandalizas, mujer, porque vomitas alacranes.

En aquel día los sueños de Irina fueron los más lúcidos de su existencia. Soñó con un manuscrito indescifrable de